

Historiografía chilena de fin de siglo

Sofía Correa Sutil

Universidad de Santiago de Chile

Iniciamos el nuevo siglo con un creciente interés de la ciudadanía, es decir, del público lector y de los medios de comunicación, por entender qué peso traemos desde nuestra historia reciente y hacia dónde vamos caminando, es decir, por comprender las dramáticas circunstancias de la historia de nuestras últimas décadas de violencia y los intentos infructuosos por negar desde el olvido, concentrándose en un eterno presente. Pocos han sido, sin embargo, los historiadores que se han aventurado a buscar explicaciones para inquietudes y preguntas tan cruciales.

Si bien es cierto se han multiplicado los centros académicos que ofrecen grados, e incluso posgrados, en historia y son muchos quienes actualmente offician de historiadores, la mayoría de ellos está abocada a insertarse en intrincadas redes clientelísticas. Si se trata de proyectos Fondecyt, que dan unos pesos extras y puntos para las escalas burocráticas de las universidades públicas y privadas, hay que hacer valer aquello de hoy por ti - mañana por mí: he sabido de primera mano de llamadas de colega a colega sugiriendo aprobar el proyecto propio ya que el susodicho habría, a su vez, en el concurso anterior, aprobado el de quien ahora está evaluando, y mañana nuevamente concursando. Para reforzar las redes clientelísticas, están también los cursos que se ofrecen a los amigos cada semestre en universidades públicas y privadas. Y por cierto, los contactos internacionales que se cultivan con el propósito de recibir una invitación a algún evento en el extranjero y así poder viajar gratis con pasaje y estadía pagadas. De este modo, la historia deja de ser una vocación y se convierte en un medio más para ganarse la vida, una “pega” cualquiera, la cual puede y ha de ser estrujada hasta la última gota, o sea, hasta el último peso disponible en el mercado de la academia.

Con ese mar de fondo en el escenario de nuestra historiografía, algunos que todavía creen en el estudio como vocación de vida están dedicados a hacer luz sobre aspectos puntuales del pasado nacional. Si bien no todos los trabajos monográficos producidos en este contexto pueden ser comprendidos en función de corrientes específicas, no obstante, centraremos nuestro análisis sobre las líneas interpretativas, aquéllas que han abordado una visión del conjunto de la historia de Chile, sabiendo que quedará fuera de nuestro alcance la revisión de importantes conjuntos de estudios monográficos, y las tendencias metodológicas que en ellos se han desarrollado, entre los cuales han tenido un lugar destacado los aportes desarrollados desde otras disciplinas, desde la literatura, la sociología y la antropología. Así mismo, tampoco revisaremos la producción historiográfica de los extranjeros sobre Chile, la cual en los años sesenta y setenta fue muy decisiva en la investigación de la historia del siglo XX, y hoy en día se reduce a un puñado de historiadores que aún mantiene interés por este país.

Si detenemos, en primer lugar, nuestra mirada en el universo historiográfico de inspiración marxista, se vislumbra una línea, que podríamos calificar de más clásica, que centra su preocupación en el Estado y en las conformaciones sociales y políticas que acceden a él. En esta perspectiva, quien, desde la década de los ochenta, ha hecho aportes sustantivos con su estudio y reflexión sobre la historia política contemporánea ha sido el sociólogo Tomás Moulian. De hecho, su interpretación de la historia política de Chile en torno al concepto de “Estado de compromiso” que habría caracterizado el período entre 1938 y 1973, ha predominado en los círculos académicos y en el discurso político en los últimos veinte años. Entre los historiadores de izquierda, en cambio, la tendencia más fuerte ha sido la de privilegiar la investigación sobre los sectores populares no organizados. En general, los estudios de historia popular, ya sea cuando se refieren al período contemporáneo como a los siglos precedentes, se han articulado en referencia directa a la producción de Gabriel Salazar, uno de los pocos historiadores que actualmente tiene como preocupación fundamental la elaboración y fundamentación de una visión interpretativa sobre el conjunto del desarrollo histórico chileno.

En efecto, la figura señera de la historiografía de izquierda es, actualmente, Gabriel Salazar. Su vocación ha echado raíces en lo que él percibe como la necesidad de crear una “ciencia del pueblo”, entendiendo por pueblo aquella “parte de la nación” que padece “el drama de alienación a consecuencia del accionar histórico de la otra parte, y/o de otras naciones”¹. Plantea Salazar que “el marxismo chileno” habría fallado en esta tarea de elaborar la “ciencia popular”, pues, habiendo iniciado tardíamente su producción científica, con Jobet allá por el año 48, muy pronto –hacia 1963– habría abandonado el estudio de “las clases populares” para abocarse tanto al análisis sociológico y económico del capitalismo internacional y de la dependencia, como a la formulación de los “principios generales” que conducirían al socialismo y

a la revolución, mientras el pueblo quedaba definido limitadamente como “la clase en sí y para sí, el militante, el partido y el sindicato”². En consecuencia, la investigación sobre “los procesos reales y concretos de cambio social”, es decir, sobre la “propensión real al cambio del movimiento popular chileno” quedaba marginada³. Veinte años más tarde, las teorías del desarrollo y de la dependencia apenas se sostenían y el pueblo permanecía huérfano de una ciencia que le iluminara el camino de salida desde la alienación hacia su plena soberanía⁴. Para desarrollar la “ciencia del pueblo”, previene Salazar, no se puede aplicar mecánicamente el materialismo histórico, ya que el objeto de estudio debe ser “la multiplicidad real-concreta”, es decir, “la historia existencial de las masas populares” y no las categorías abstractas, ni tampoco “la historia esencial del capitalismo nacional o internacional”; por eso, es necesario “descolgarse de las bóvedas abstractas para sumergirse de lleno en los hechos cotidianos, o en las relaciones sociales de todos los días”⁵.

La “ciencia del pueblo”, cuya urgencia apremia a Salazar, es caracterizada en sus palabras, como “una ciencia de la dinámica social de humanización”⁶. El sujeto que encarna dicho proceso de humanización es necesariamente el pueblo, precisamente por su condición de víctima de la alienación. Si la “compulsión humanizante”, siguiendo a Salazar, es una condición propia de los hombres y mujeres del pueblo, ésta “se exagera, se acumula y se desarrolla precisamente cuando los factores alienantes incrementan su presión”. Ahora bien, como el proceso histórico no sería otra cosa que “un proceso de humanización permanente”, entonces aquéllos que buscan intensamente su propia humanización y la de otros —es decir, los hombres y mujeres del pueblo— son los que detentan la historicidad. Por eso, argumenta Salazar, “las masas alienadas despojan a los alienadores de su historicidad”, de modo tal que siempre es el pueblo el que detenta el “poder histórico”⁷. El sujeto de la historia es, entonces, el pueblo, a la vez que la “ciencia del pueblo”, en la medida en que es la ciencia de lo particular y del cambio, es la historia.

Salazar entiende la historia de Chile como el desenvolvimiento del “drama interno” de “una sociedad desgarrada por una mecánica interior de alienación”, drama que “no es vivido por toda la nación, sino sólo por una parte”, por las clases populares⁸. Esta historia tiene, a su vez, una doble dimensión: la de la “crudeza” de la “opresión alienadora”, y la de la “reacción liberadora”, es decir, la de la “historicidad creciente” de los esfuerzos populares por escapar de aquélla. Y es esta doble dimensión del drama la que tiene que ser investigada y esclarecida. Yace allí un titánico plan de trabajo historiográfico que ha sido sistemáticamente abordado tanto por Gabriel Salazar como por quienes se consideran sus seguidores. Ahora bien, aunque ambas perspectivas están estrechamente entrelazadas —ya veíamos que en directa relación con la intensidad de la alienación se producen las energías de humanización—, se desprende de los trabajos y propuestas teóricas de Salazar que los esfuerzos de la investigación se deberían concentrar sobre todo en las dinámicas de humanización

que crea el pueblo en sus relaciones solidarias. La mayor importancia de esta dimensión radica en el hecho de que es allí donde, a juicio de Salazar, se va creando cotidianamente la sociedad desalienada y humanizada, puesto que son las relaciones solidarias humanizantes las que permiten que el pueblo supere su condición de perpetua alienación. Dicho de otro modo, son las dinámicas de humanización las que permiten que el ciudadano, en tanto pueblo, se apropie de su soberanía, que es su principal derecho humano⁹. Sería un error, por lo tanto, suponer que la “sociedad popular desalienada” espera su realización en el futuro. Por el contrario, debido a que esta “sociedad popular desalienada” se va construyendo en las mismas “relaciones de solidaridad entre los alienados”, entonces se infiere que la “sociedad desalienada” está presente en todo momento en medio del pueblo, “es decir, se identifica con ‘el pueblo’ en tanto que tal”. En otras palabras, “la sociedad popular desalienada” es el despliegue de la “solidaridad desalienante” que es el material con el cual el pueblo construye “su propia sociedad”. De modo que lo que le interesa fundamentalmente a Gabriel Salazar como historiador es observar y mostrar “la ‘sociedad popular’ en desarrollo”¹⁰.

Esta “sociedad popular” él la ve desplegándose a lo largo de la historia de Chile como una realidad permanente y sistemática, trascendiendo el carácter aparentemente coyuntural y esporádico con que el pueblo ha manifestado su ira y su frustración. Así, desde fines del siglo XVIII hasta principios del XX, el “vagabundaje criollo”, nos asegura, “no fue otra cosa que la repulsa y desacatos de la juventud popular a las identidades estructurales” que se le imponían desde “el sistema mercantil”, a la vez que constituyó la búsqueda de “una identidad humanizante”; el “bandidaje popular”, por su parte, fue su “brazo armado espontáneo y fragmentado”. Esta fase del “movimiento popular” se habría extinguido “tras la seguidilla de masacres del período 1903-7”. Paralelamente, entre 1850 y 1930, Salazar percibe la existencia de un “movimiento popular de tipo productivista”, a contrapelo de “los monopolios mercantiles” y de “la legalidad portaliana”. Organizado en gremios, habría cultivado gérmenes de democracia local, de periodismo, literatura y teatro popular, “de política social mancomunada”, creando los fundamentos “de una ciencia y de una política popular”, hasta sucumbir bajo la “contraofensiva” de la clase política civil y militar¹¹. Así sucesivamente, Salazar va siguiendo el paso de este doble movimiento popular que entreteje el desacato con la búsqueda de creación de una política popular, el que va “desencadenando en cada oportunidad, el contramovimiento represivo del Estado”, que logra impedir que el movimiento popular se transforme “en una constelación social dominante”, capaz de “imponer al sistema dominante su perspectiva procesal de la realidad”. De lo que se concluye que lo que el movimiento popular necesita para salir de su encierro, para “politizar adecuadamente su afán de humanización”, es “contar con una ciencia social propia”; lo que quedaría en evidencia con mayor claridad aún luego del golpe de estado del 73¹².

